

Catequesis

AÑO DE LA FE 2012-2013

«Padeció bajo el poder de Poncio Pilato»

14 de febrero de 2013

Continuamos comentando brevemente el Credo apostólico, siguiendo de cerca el *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuyo vigésimo Aniversario celebramos en este Año de la fe. Expone la fe de la Iglesia y la doctrina cristiana por medio de la Sagrada Escritura, la Tradición católica y el Magisterio. Es, consiguientemente, un instrumento autorizado al servicio de la comunión eclesial, y norma segura para la enseñanza de la fe. Es referente obligado para todos los catecismos, y también para la predicación y la enseñanza de la doctrina católica. En el *Catecismo*, y antes en el Concilio, se expresa la doctrina cristiana a la altura de nuestro tiempo, teniendo en cuenta la renovación bíblica, teológica, pastoral y litúrgica de los decenios precedentes, y apoyados en el discernimiento realizado por el Concilio Vaticano II. En el próximo Encuentro de obispos, vicarios, arciprestes y delegados diocesanos de catequesis de la Iglesia en Castilla, estudiaremos particularmente el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el Año de la fe.

Hoy tratamos la primera parte del artículo cuarto del Credo, a saber, que Jesucristo «*padeció bajo el poder de Poncio Pilato*», dejando para la próxima ocasión la segunda parte: «*Fue crucificado, muerto y sepultado*». En este marco, permitidme algunas breves indicaciones de carácter teológico y espiritual.

a) Llama la atención que muy pronto en la narración evangélica de la actividad pública de Jesús aparezcan, no solo el rechazo y la persecución, sino también la decisión y los intentos de matarlo. Se confabularon contra Jesús, por diversos motivos, los fariseos y los escribas, los sacerdotes y los partidarios de Herodes (cf. Mc 3,6; Lc 2,34; 4,23 ss.; Jn 5,18). Le acusan de pretender perdonar pecados, de interpretar la Ley de Dios de manera singular, de ser un falso profeta e incluso un blasfemo.

En este contexto de persecución se sitúan los anuncios reiterados de Jesús de su subida a Jerusalén, donde será entregado y condenado a muerte, pero resucitará. San Marcos, por ejemplo, relata tres veces una situación semejante. Al primer anuncio de la pasión, Pedro se opone, y Jesús, además de llamarlo tentador, proclama a todos los discípulos las condiciones para seguirlo: perder la vida por el Evangelio (cf. Mc 8,31-38). Después del segundo anuncio, los discípulos discuten entre sí quién será el mayor, y Jesús les señala el camino: "ser el servidor de todos" (cf. Mc 9,30-37). La reacción al tercer anuncio de Jesús aparece en la aspiración de Juan y Santiago a ocupar los primeros puestos en su Reino, con el consiguiente enfado por parte de los demás (cf. Mc 10,32-45). Ante la perspectiva de la persecución y de la cruz, tanto los discípulos de la primera hora como los que hemos venido después nos resistimos a comprender la auténtica condición mesiánica de Jesús y el cumplimiento concreto, pasando por la cruz, de la misión que el Padre le confió (cf. Lc 24,25-27).

b) Cuando está a punto de desencadenarse la pasión con la traición de Judas, Jesús sufre pavor y angustia. Tiembla como hombre y confía como Hijo. En Getsemaní ora diciendo: «*¡Abba!, Padre: Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como Tú quieres*» (Mc 14,36). La obediencia filial supera en Jesús la resistencia humana a padecer. Cuando nosotros seamos tentados en la fidelidad, confiemos en Dios, que es infinitamente sabio y poderoso, y no deja de ser nuestro Padre en las situaciones oscuras y en las pruebas de la vida. Es comprensible la resistencia instintiva al sufrimiento en toda persona normal; pero, en la cruz, Dios nos sostiene.

c) En su pasión, Jesús no profería amenazas. No respondía a los insultos insultando. El resentimiento y el deseo de venganza no habitaron en su corazón ni se formularon en sus labios. Perdonó a los que lo mataban, poniéndose en manos del que juzga justamente (cf. 1P 2,21-25). Predicó el perdón a los enemigos y perdonó. Como escribió santo Tomás de Aquino, la pasión es una escuela de todas las virtudes. Jesús rechazó toda forma de violencia. Tanto la predicación como las obras y el ejemplo sublime

de su pasión revelan al Dios del amor y del perdón. Apelar a la violencia en nombre de Dios significaría olvidar a Dios y tergiversar el Evangelio. El celo por la causa de Dios no debe desembocar en la violencia.

d) En el Credo se menciona a Pilato. Ante el tribunal del procurador de Roma, Jesús "proclamó tan bella confesión de fe" (cf. 1Tm 6,13-14; Jn 18,33-38). Cuando Poncio Pilato interrogó solemne y públicamente, Jesús se reconoció el Mesías y el revelador de la Verdad. No ocultó su condición ante el peligro. Esta confesión de Jesús es un ejemplo y un estímulo para no ocultar nuestra condición de cristianos, ni negar a Jesús, ni desentendernos con una respuesta evasiva y relativista: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18,38).

La mención de Pilato en el Credo significa también que Jesucristo es un personaje de la historia, que padeció y fue crucificado en Jerusalén en tiempos de Poncio Pilato. El cristianismo no se pierde en las brumas de la historia. No es un encuentro que comience: "Érase una vez". Jesús, aunque pasara como hijo de José, es el Hijo de Dios hecho hombre; su muerte no fue la de un malhechor, un revolucionario o un blasfemo; en realidad, murió por nosotros, es decir, por nuestros pecados, a favor nuestro y ocupando el lugar que nosotros merecemos.

ARZOBISPO

Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

AÑO DE LA FE 2012-2013

«Padeció bajo el poder de Poncio Pilato»

14 de febrero de 2013

Continuamos comentando brevemente el Credo apostólico, siguiendo de cerca el *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuyo vigésimo Aniversario celebramos en este Año de la fe. Expone la fe de la Iglesia y la doctrina cristiana por medio de la Sagrada Escritura, la Tradición católica y el Magisterio. Es, consiguientemente, un instrumento autorizado al servicio de la comunión eclesial, y norma segura para la enseñanza de la fe. Es referente obligado para todos los catecismos, y también para la predicación y la enseñanza de la doctrina católica. En el *Catecismo*, y antes en el Concilio, se expresa la doctrina cristiana a la altura de nuestro tiempo, teniendo en cuenta la renovación bíblica, teológica, pastoral y litúrgica de los decenios precedentes, y apoyados en el discernimiento realizado por el Concilio Vaticano II. En el próximo Encuentro de obispos, vicarios, arciprestes y delegados diocesanos de catequesis de la Iglesia en Castilla, estudiaremos particularmente el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el Año de la fe.

Hoy tratamos la primera parte del artículo cuarto del Credo, a saber, que Jesucristo «*padeció bajo el poder de Poncio Pilato*», dejando para la próxima ocasión la segunda parte: «*Fue crucificado, muerto y sepultado*». En este marco, permitidme algunas breves indicaciones de carácter teológico y espiritual.

a) Llama la atención que muy pronto en la narración evangélica de la actividad pública de Jesús aparezcan, no solo el rechazo y la persecución, sino también la decisión y los intentos de matarlo. Se confabularon contra Jesús, por diversos motivos, los fariseos y los escribas, los sacerdotes y los partidarios de Herodes (cf. Mc 3,6; Lc 2,34; 4,23 ss.; Jn 5,18). Le acusan de pretender perdonar pecados, de interpretar la Ley de Dios de manera singular, de ser un falso profeta e incluso un blasfemo.

En este contexto de persecución se sitúan los anuncios reiterados de Jesús de su subida a Jerusalén, donde será entregado y condenado a muerte, pero resucitará. San Marcos, por ejemplo, relata tres veces una situación semejante. Al primer anuncio de la pasión, Pedro se opone, y Jesús, además de llamarlo tentador, proclama a todos los discípulos las condiciones para seguirlo: perder la vida por el Evangelio (cf. Mc 8,31-38). Después del segundo anuncio, los discípulos discuten entre sí quién será el mayor, y Jesús les señala el camino: "ser el servidor de todos" (cf. Mc 9,30-37). La reacción al tercer anuncio de Jesús aparece en la aspiración de Juan y Santiago a ocupar los primeros puestos en su Reino, con el consiguiente enfado por parte de los demás (cf. Mc 10,32-45). Ante la perspectiva de la persecución y de la cruz, tanto los discípulos de la primera hora como los que hemos venido después nos resistimos a comprender la auténtica condición mesiánica de Jesús y el cumplimiento concreto, pasando por la cruz, de la misión que el Padre le confió (cf. Lc 24,25-27).

b) Cuando está a punto de desencadenarse la pasión con la traición de Judas, Jesús sufre pavor y angustia. Tiembla como hombre y confía como Hijo. En Getsemaní ora diciendo: «*¡Abba!, Padre: Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como Tú quieres*» (Mc 14,36). La obediencia filial supera en Jesús la resistencia humana a padecer. Cuando nosotros seamos tentados en la fidelidad, confiemos en Dios, que es infinitamente sabio y poderoso, y no deja de ser nuestro Padre en las situaciones oscuras y en las pruebas de la vida. Es comprensible la resistencia instintiva al sufrimiento en toda persona normal; pero, en la cruz, Dios nos sostiene.

c) En su pasión, Jesús no profería amenazas. No respondía a los insultos insultando. El resentimiento y el deseo de venganza no habitaron en su corazón ni se formularon en sus labios. Perdonó a los que lo mataban, poniéndose en manos del que juzga justamente (cf. 1P 2,21-25). Predicó el perdón a los enemigos y perdonó. Como escribió santo Tomás de Aquino, la pasión es una escuela de todas las virtudes. Jesús rechazó toda forma de violencia. Tanto la predicación como las obras y el ejemplo sublime de su pasión revelan al Dios del amor y del perdón. Apelar a la violencia en nombre de Dios significaría olvidar a Dios y tergiversar el Evangelio. El celo por la causa de Dios no debe desembocar en la violencia.

d) En el Credo se menciona a Pilato. Ante el tribunal del procurador de Roma, Jesús "proclamó tan bella confesión de fe" (cf. 1Tm 6,13-14; Jn 18,33-38). Cuando Poncio Pilato interrogó solemne y públicamente, Jesús se reconoció el Mesías y el revelador de la Verdad. No ocultó su condición ante el peligro. Esta confesión de Jesús es un ejemplo y un estímulo para no ocultar nuestra condición de cristianos, ni negar a Jesús, ni desentendernos con una respuesta evasiva y relativista: «*¿Qué es la verdad?*» (Jn 18,38).

La mención de Pilato en el Credo significa también que Jesucristo es un personaje de la historia, que padeció y fue crucificado en Jerusalén en tiempos de Poncio Pilato. El cristianismo no se pierde en las

brumas de la historia. No es un encuentro que comience: "Érase una vez". Jesús, aunque pasara como hijo de José, es el Hijo de Dios hecho hombre; su muerte no fue la de un malhechor, un revolucionario o un blasfemo; en realidad, murió por nosotros, es decir, por nuestros pecados, a favor nuestro y ocupando el lugar que nosotros merecemos.